

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

UnderWood

Segunda época

Año 2/ N° 7

Diciembre

1998

Rosario



Ilustración: Fernando Rossia

Abra.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

\$1

La Bolsa



Café Literario

Exposiciones de Arte
Espectáculos
Biblioteca - Ajedrez

Paraguay 746 - 474141

Ahora

SÍ

te podés suscribir !!!

Para recibir los próximos 5 números de nuestra revista en Argentina, enviá un Giro Postal a nuestra redacción (J. M. de Rosas 929, 10° C) por valor de \$10 a nombre de:

Pablo José Solomonoff

Resto del mundo: U\$S 20.

Si estás interesado en números atrasados...

...sólo tenés que enviar \$2 por cada ejemplar (incluye gastos de envío)




berlin

café bar de la cortada

pje. zabala 1128 / rosario

Ahira.com.ar Arzobispo Historicos Revistas Argentinas

Viajeros de la UnderWood



Publicación
de narrativa y poesía
con intención bimestral.
Año 2/ N° 7 - Rosario 12/98

Editores: Mercedes Gómez, Diego G. Martínez.

Colaboradores: H. Zuaznábar, P. Suárez, L. Prati,
B. Vignoli, R. Cocca, I. Ocampo,
C. Vrech, René Char.

Diseño: Diego G. Martínez.

Ilustraciones: Fernando Rossia, Esteban Tolj,
Germán Gago, Cristian Andrioli.

Publicidad: Mercedes Gómez, Pablo Crash.

Ventas: Cecilia "Pitu" Di Paolo.

Mensajes: Ma. P. Alzugaray, Lisandro González.

Redacción: J.M. de Rosas 929, 10° "C",
tel: (041)488864.- Rosario.

Correo electrónico: dim26@yahoo.com

Director y Propietario: Pablo J. Solomonoff.

RNPI N° 894500

Imprenta: Multicopias

ACLARACION DE LOS EDITORES

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.



Sobre nuevas formas revolucionarias

Horacio de Zuaznábar

-*Venga: hazme esas porquerías que sabes hacer!*" oyó el guardavidas decir a un chico -al lado suyo- a una adolescente que ni lenta ni desganada le metió mano debajo del bañador y le sacó cuan larga y fresca picha que comenzó a mamar entusiasmada.

Alarmado, el guardavidas se refregó los ojos y oídos, atribuyendo -en primera instancia- al antiséptico agregado al agua de la piscina alguna incidencia perturbadora para sus sentidos; miró -en efecto comprobó el hecho- y entonces levantó la mirada para cerciorarse de que tenía otros bañistas observando de testigos la escena, para censurarla. Los había en abundancia: el domingo transcurría espléndido, soleado y caluroso.

Pero, en el corto trayecto que debía cubrir para llegar a reprimir, vio cómo descendían por el tobogán acuático de la piscina alegres señoritas totalmente en cueros (todos sabiendo que tan encantadoramente desnudas no se permitía) y también vio desprenderse hermosos muchachos bamboleando graciosa y rítmicamente sus huevos. En el mismo acto, a su lado, la pareja origen ya follaba casi convulsivamente, corriéndose de continuo (*"meseta orgásmica", pude deducir...*) y, a su otro costado, un regordete (*"...aún blanquito, pese a lo avanzado de la temporada..."*) le bajaba tiernamente la parte inferior de la biquini a una jovencita que, quebrada sobre la barra, clamaba por una gaseosa como sin darse cuenta de la maniobra del caballero quien, todo seguido, con naturalidad, extrajo un verga algo erecta (*"...que no tardó nada en estarlo del todo..."*) para penetrar, con un largo suspiro, a la señorita, quien cerró los ojos fascinada, renunciando a la Coca Cola.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Entonces, el funcionario rió nervioso, algo cachondo (*"naturalmente"*) y, todo sudado, cogió el *walkie-talkie* llamando la atención de sus compañeros, quienes a su vez le indicaron que, por doquier, sucedía igual: todos follando con todos, con envidiable entusiasmo, complaciendo a quien encontrase, complacido por quien le encontrara, aún manteniendo otras actividades (*"...las habituales"*) del público lugar...

- *"Están todos follando..."* susurró anodadado al teléfono el funcionario del Ayuntamiento, pero no pudo más: una desarrolladita cría, que hasta el momento decorosamente lo había mirado desde el refugio de la cercanía de sus padres -ahora cada uno follando con terceros- contoneándose se le aproximó, le apoyó enteramente sus recién bien nacidas curvas sobre su pecho y vientre (*"...también acariciaba mis rodillas con las suyas"*) le quitó suavemente el teléfono con una manita y, con la otra, le cogió (*"...lo hizo despacito"*) por adentro del blanco y holgado pantalón corto reglamentario los testículos y el pene (*"Sí, todo junto: me llamó la atención que en esa manita le cupiera todo. No, si no me quiero jactar, sólo ser fiel a lo sucedido..."*) de tal suerte que el mozo sintió un fuego en su entrepierna (*"...se me propagó incontrolablemente hasta la cabeza"*) que le llevó a tirarle un beso a la boca a la niña, quien ya la adelantaba deseosa. Inmediatamente, se pusieron a follar.

Proveniente de las oficinas posteriores a los vestuarios, al fin se hizo presente el funcionario jefe de la repartición -el único que quedaba sin fornicar y que recién tomaba conocimiento, por su costumbre de encerrarse frente al televisor, amparado por el aparato de aire acondicionado y su teléfono descolgado- y, ante la escena general, (*"...dantesca, me superaba..."*) de todo el predio municipal cubierto de gozosos bañistas que, aún sin producir ningún desorden ni, menos aún, cometer desmanes (*"... en los escasos momentos en que no fornicaban, con la serenidad habitual del lugar, merendaban, respetando las normas correspondientes..."*) se abalanzó en forma muy animal sobre una estupenda beldad, quien, con idea de zambullirse, se duchaba al borde de la piscina, forzándola entre espantados gritos de terror y pedidos de socorro, que la enorme concurrencia no atendió al tratarse de actuaciones

llevadas a cabo por la máxima autoridad del establecimiento (“...homosexualidad, lesbianismo, sexo grupal sin importar edades sí... pero violaciones, honestamente -hasta lo del Director- no me constaban: todo se desarrollaba -si cabe- como en una cierta y ordenada libertad, sin barbarie. De hecho, las instalaciones quedaron intactas, limpias; se retiraron decentemente vestidos, entremezclados, en paz, como habían llegado... Realmente, el único que puso la nota fue el encargado...”)

- ¿Tiene usted algo que agregar en su defensa?

- Estaban todos follando... Reconozco que en vez de intentar hacerlo yo también mi deber hubiera sido detenerles su abierta promiscuidad, pero yo estaba adentro y no vi bien cómo venía la cosa. De todas formas estaban todos, señor juez, ¿usted me entiende, no? estaban todos con todas, y todas con todos, follando, era espantoso...

- ¿... No participar? ¿Usted puede demostrar semejante aseveración? ¿Puede demostrarme que medio barrio Salamanca -habitual en esa piscina- de gente honrada aquí presente, estaba entregado a una abierta tarde de domingo absolutamente orgiástica, todos con todos, padres, hijos y abuelitos...?

- Es que en el barrio no me quieren, tampoco el personal a mis órdenes: dicen que soy muy severo, que no permito el *topless*, esas cosas...

- ¿Me está queriendo insinuar que todo el barrio -y sus subordinados- para tenderle una trampa que lo destituyera, se pusieron libremente a fornicar?

- Yo no acostumbro a alucinar, señor: estaban todos fornicando. Así, cuando llegué, me hicieron creer que yo también podía...

- Violar a una jovencita...

- No creí que no quisiera... todos follaban... estaba absolutamente desnuda... cuando se puso a gritar me pareció un papelón que yo, siendo el encargado, fuera el único que no lo hiciera: ciertamente perdía autoridad...

- Ciertamente. Lévenselo.



Viaje a Rosario

Patricia Suárez

*“Que al fin los días de agosto
no tienen otra recompensa
que sus noches”*

Calderón de la Barca

I

Todavía había sol. Pero muy poco. La noche tomaba un paso raudo a esa altura de la ruta. Y todas las miradas, alentadas por la oscuridad, se volvían torvas.

- Al final, llovió gotas, ¿no, Eugenia?

- Y sí.

- Y eso que era la tormenta de Santa Rosa.

- Ajá. Cuatro gotas nada más.

- Es cumplidora Santa Rosa. ¿Era buena santa Rosa, Eugenia?

- Qué sé yo, abuela. Era santa. Se murió de no comer. No comió, no tomó nada, y se murió.

- No tendría hambre.

- No. Era una penitencia que hacía. Ayuno. Porque era santa. Los santos son así. También usaba chaleco con clavos y se colgaba de los pelos de un gancho.

- Entonces estaba loca.

- No, no estaba loca. Era santa.

- Ah. Con la locura le vino lo santo, entonces.

- Qué sé yo.

- Mirá, nena, ¿eso no es Clorinda?

- No, abuela. Nosotras vamos para el sur.

- ¿Para el sur? ¿Y el sur no es para el otro lado?

- No. Para el otro lado está Clorinda.

- Entonces estamos yendo en redondo. ¡¡Chofer!! ¡¡Chofer!!

- Cállese, abuelita, cállese, que me hace pasar vergüenza. Cállese.

- ¡¡Chofer!! ¡Venga, chofer! Venga, rápido.

II

*"...es seguro que tiene otro amorcito
eso está, clarito como el agua,
y seguro que tiene otro asuntito
eso está clarito como el agua..."*

... y así sonó trescientas diecisiete veces seguidas.

III

- Pero no, señora, si es como le dice la chica. Para acá vamos para el sur. La otra vez... acá se sube cada uno, mirá, piba. ¿Cómo te llamás vos?

- Eugenia.

- Viste, Eugenia. Una piba de Chaco o de Formosa, de por ahí, ¿no?, se subió una vez que... que esperaba familia, ¿viste? Se sube en Villa Guillermina, y llega hasta Rosario. Ahí dice que la estafaron, que ella sacó hasta Mar del Plata, que ahí estaba trabajando el marido. Nosotros mutis. A la final, lloró tanto, pobre piba, que le dimos el pasaje hasta Mar del Plata. Le dimos un asiento atrás de todo... por el olor, vistas. Parece mentira, pero ellos tienen olor...

- Claro: tienen otros códigos de higiene.

- ¿Eh? Olor a negro, tenía. Así que la sentamos por allá, después del cuarenta.

- ¿Qué dice, nena?

- Nada, abuela, nada. Después le cuento.

- Hacemos el viaje, y a eso de la mitad, yo me acerco, porque, vistas, uno es así, va y charla con el pasajero... que si no este laburo es que para qué vamos a hablar... Le digo, ¿Cómo te llamás, vos, piba? Argentina, me dice la negrita. Le digo, ¿Y para cuándo esperás, Argentina? Para ya, me contesta. Una panza redonda, grande, parecía que se había tragado una sandía la negrita. ¿Para ya cuándo, Argentina? ¿Para las fiestas?, Para ya, me dice ella, Ahora ¿Cómo dijiste, piba?, yo la quería agarrar de los pelos, mirá.

- ¿Qué dice el chofer, nena?

- Después le digo, abuela, le dije. Déjeme escuchar.

- Se iba al sur, a ver al marido, porque decía que el marido le había

dicho que se había ido al sur a trabajar... Para mí, qué querés que te diga, que el marido se tomó el piate. Y ellos son así. Uno va al médico, se hace revisar... pero ellos... fijate que gracias si tenía dieciseis la negrita ¿Vos sos primeriza, Argentina? Sí, me dice la negrita. Le avisé,



Ilustración: Esteban Toj

Mirá Argentina, que si a vos te empiezan los dolores me tenés que decir urgente, ¿entendés? Urgente, que tengo la obligación de bajarte en un peaje y que te lleven al hospital, que no se puede tener un hijo arriba del colectivo, ¿me entendés? Me avisás enseguida. Nosotros, Eugenia, ¿Eugenia me dijiste que te llamabas?

- Sí.

- ¿Sabés que a vos te veo cara conocida? ¿Vos no sos de Arroyito?

- No, no. Yo nací en Boulevard Oroño y Córdoba.

- ¿Y siempre viviste por ahí?

- Sí... Mmm. Bueno, después nos mudamos a Urquiza y Corrientes...

- Ah. Vos siempre fuiste Margot, entonces. Te decía. Nosotros tenemos la obligación de cuando hay alguno enfermo bajarlo en los peajes, que ahí está la ambulancia. Y va la negrita, vieras vos, que se vé o que no tuvo contracciones o que se las aguantó, y así llegó a Retiro, pobre Argentina, que yo ya me veía atendiéndola y haciéndole nacer el negrito. Que eso ya me pasó, pero es otra historia. No, señora, pierda cuidado, si no sabré yo, si vamos para el sur.

IV

- ¿Qué era?

- Una vieja que chillaba. Creía que nos habíamos equivocado de rumbo.

- ¿La que iba con la mina rubia?

- Psé.

- ¿Y qué tal la mina de cerca? ¿Se la aguanta?

- Psé. Qué se yo. Tiene tetas.

- ¿Qué ¿No te fijás en las minas, ahora, Pirucho? Acordate del Gordo Gómez que empezó así y terminó manfloro.

- ¿Qué decís, gil?

- Pará. Mmjj. Mirá ese, mirá ese pelotudo. ¡¡¡Andá, matate, nomás!!! Los otros días, un autito así, un renolcito de estos nuevos, andando a los pedos, va que se lo lleva por delante un mionca que venía de Venado Tuerto. El tipo, arriba del mionca, dormido. Dormía la mona el tipo, una bestia, yo los bajaría de un tiro en los huevos, por bestia inconsciente, te digo, Pirucho, que si tengo un rifle acá por la Virgen

que lo hago. Te decía, 'toy yendo para Campana el día ese, y zas. El mionca revienta el renolcito blanco. Una, dos, tres vueltas, de un costado al otro de la ruta, ocho vueltas conté. Al final, se para el renolcito, queda al revés. Adentro iba toda la familia. Sale el padre, sale la madre, salen los dos pibes, a ninguno le pasó nada, y la madre dice: ¿y el bebé? Le faltaba el bebé, Pirucho, se había salido por la ventana en una de las vueltas. Empiezan a llamar al bebé: Luisito, Luisito. La madre desesperada, imaginate. Luisito. Por ahí, Luisito aparece atrás de un espinillo. Nada, Pirucho, ni un arañazo, estaba en perfecto estado el pendejito. Y la madre dice, Yo sentí, fijate lo que dice la mina, Pirucho, si es creer o reventar, yo sentí que una mano me lo quitaba del brazo cuando empezamos a dar vuelta, una señora, y para mí, decía la mina, que fue la Virgen que lo quitó para protegerlo.

- Creer o reventar, yo lo digo siempre, Tito.

V

- ¿Y sabés qué dijo que hace ahora la Monchi, Eugenia?

- No, abuela.

- Tira las cartas.

- ¿Ella? No diga.

- Debe tener un don, ¿no?

- ¿Para tirar las cartas?

- Y sí, nena ¿No hay que tener un don, para eso? Ella hace eso ahora porque desde que murió el tío Alonso está en la última de las miserias... Ya le cortaron el teléfono y la luz, vieras vos.

- ¿Y adónde tira las cartas la Monchi?

- En la casa...

- ¿En la casa? ¿Y cómo ve las cartas, si le cortaron la luz?

- No debe tener necesidad de ver... Por el don...

- Ajj. Mire, abuela, ¿ve, aquello? Las luces, le digo, abuelita ¿Sabe qué es?

- ¡¡Clorinda!! ¡¡Ya llegamos a Clorinda!!

- No. No, abuela ¿Qué Clorinda? Aquello es Rosario.

La oscuridad de la noche era completa.



Fobia

Laura Prati

Una salida imposible. Sentir la impotencia al aferrarse al picaporte e imaginar que es un arma capaz de explotar en su mano al asomar apenas el rostro sudoroso. Luis y el miedo. Siempre el miedo. Mirándose a un espejo hueco como la memoria, tratando de ahogarse por fin en el pánico o girar con la mirada hacia la coherencia de un espacio que no lo mataría. Así la fobia. Así el temor desmedido la razón hasta decapitar la idea de realidad.

Y en ese caso retroceder. Volverse loco de a poco como quien lo desea demasiado y de tanto desearlo lo refrena, se deja convencer por el opuesto, trata de boicotear su propia voluntad a falta de propia decisión irrevocable.

Luis es un ser del sueño. Un hombre nuevo y dormido que advierte sólo el ritmo de un transcurso finito, previsible, vanamente fragmentado en antes y después, pues ya el porvenir ha sido pasado una vez.

Luis se levanta a las siete como un ciudadano oficinista. Soslaya su dolor de estómago con café amargo y fuerte hasta la repugnancia. Y sin embargo la felicidad de los inocentes lo redime, entiende que la mañana es un tiempo de pasos velocísimos y por eso se sacude hasta que el rigor de la prisa acepte la presencia de una luna y la lentitud en que virtualmente resuelve el espacio.

Es necesario salir. Este día al igual que los anteriores. Desembarazarse y emprender el riesgo, el vértigo monótono -curiosa idea- de un devenir acostumbrado a ser rechazado.

Se pone obstinadamente su traje y ajusta el nudo de su corbata frente al espejo del bagnitori actuando una ceremonia de tregua. Pero el tiempo le impone pertinacia.

Mientras al fin desciende a la calle -metáfora de su abismo- por la escalera en que el hijo de Ana, su vecina, juega a los soldados piensa -precisamente- en el diminuto muñeco vestido de fajina que cae a un escalón inferior supuestamente herido de muerte por otro muñeco que el nene conduce sintiendo un escalofrío de placer por el juego de la guerra que afortunadamente no conoce. Luis le guiña un ojo sin saber

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



por qué y se arrepiente de no haberse puesto el sobretodo, pues hace tanto frío afuera como en su cama, como en el sueño que acepta sobre su cama.

Y aunque nadie sepa hacia dónde se dirige le teme a los perseguidores, a los seres que sospecha acechándolo desde las esquinas. Si tan sólo pudiera despegarse del otro -piensa-, abandonarlo a la suerte que debería tener todo miedo convertido en conciencia. Porque caminar pegado a las paredes únicamente sirve para que los demás lo observen con recelo sin percatarse del obstáculo que él es incapaz de superar.

Como la muchacha aquella que descorre el velo de su flequillo para poder mirarlo y apurar el paso después para no tener que tomarse la molestia de detenerse a preguntarle qué le sucede.

Sería inútil explicarle -se dice-. Todas las formas y los sonidos se le vuelven extraños, irreales, hasta amenazantes; y ni siquiera su nombre le resulta conocido cuando lo escucha de un par de vecinos que lo saludan y se confabulan entre sí levantando las cejas como señal de sus solapadas conjeturas.

Pero el vértigo que lo domina es solamente un síntoma. Su pensamiento se reduce a una manifestación del absurdo. Porque inopinadamente se encuentra regresando, desandando los pocos metros que su valor le permitió dar esta vez y topándose nuevamente con el hijo de Ana, que se ríe de lo que cree una broma sin sentido.

Y entonces no queda más remedio que llamar a la oficina. Disculparse. Que no, que sólo está un poco agitado porque bajó a buscar el periódico y subió los escalones de a dos. Que sin embargo aún se siente enfermo. Que quizás mañana, sí, mañana, volverá a trabajar.



La leyenda del *blackjack*

Por Jacob Rainbow Hoogan (I)

Traducción: Beatriz Vignoli (II)

En realidad no se trataba de un desierto exactamente. El desierto verdadero estaba más al oeste. Donde nosotros vivíamos, unas pocas decenas de millas al norte del Río Colorado, el suelo era pedregoso. En las montañas, no obstante, crecían árboles: diferentes clases de robles. Aunque en realidad no se trataba de montañas exactamente, sino que les decíamos así a las colinas que rodeaban lo que a primera vista parecía un valle, pero que en realidad era una árida meseta. En esa meseta entre colinas quedaba nuestro pueblo.

Allí vivíamos mi abuela, mi padre y yo, hasta que ellos murieron y yo me fui.

Mi madre debe seguir allí, todavía.

De mi abuelo paterno, el ranchero Hoogan (que en realidad no era mi abuelo paterno exactamente) se decía que era muy rico. En realidad, sólo lo había sido. Me contaba mi abuela que, poco después de

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

terminada la Segunda Guerra Mundial, Hoogan era un hombre de campo con una pequeña fortuna, suficiente para construirse una mansión en el pueblo. Que en realidad no era tanto como una mansión, sino una linda casa de dos pisos que tenía además un gran sótano donde refugiarse de los tornados, de los que además estábamos bastante protegidos, de todos modos, gracias a las montañas que en realidad no eran montañas, pero bastante.

Pero con la sequía él perdió todos los animales, la finca y la hacienda (es decir, *the ranch*) y de hacendado le quedó solamente la fama, y de rancharo el epíteto homérico que yo casi siempre antepongo a su apellido.

Hoogan lo tomó todo con una actitud positiva. "Tengo más tiempo libre", dijo, y lo dedicó a cazar en las colinas y a cabalgar por los alrededores del pueblo. A veces se cansaba del caballo y paseaba en auto. La idea era, también, la de darle un descanso al caballo.

Al caballo lo había comprado en Arkansas, poco después de terminada la sequía. En cuanto al auto, mi padre, un joven de muy mal gusto, lo había comprado dos años antes, en plena sequía, en 1955, según él con parte del rédito obtenido de la venta de la finca y algunos ahorros propios. Todo porque se había encaprichado con la película *Rebelde sin causa* y quería parecerse a James Dean.

Según mi abuela paterna, el dinero para comprar el auto no podía haber provenido jamás de la venta de la finca. Hoogan estaba demasiado abrumado por la sequía y, además, trataba de que su hijo contase nada más que con los propios recursos, tal como había hecho él. En realidad, mi padre no era su hijo exactamente, pero era como si lo fuera.

En casa había poco diálogo. Por alguna razón nos acostumbramos a no preguntar; cada uno se formaba su propia versión de los hechos. El conocimiento era un acto solitario.

Las palabras eran demasiado hermosas como para esclavizarlas y hacer de ellas meras transportadoras de información. No, el lenguaje no tenía que parecerse a ninguna red de conductos de gas.

Jugábamos juegos de lenguaje. Eramos barrocos y wittgenstenianos en nuestro pequeño pueblo de Texas.

El rancharo Hoogan era amigo de un nieto de pioneros, que seguía

la costumbre de sus ancestros y vivía solo entre los robles de las colinas. Este hombre, que se llamaba José, se había encontrado con toda clase de monstruos surgidos del fondo de los lagos, en las regiones lacustres del estado, y entendía el idioma perdido de las garzas que ya no habitan más los pantanos del Golfo.

José también había tenido encuentros notables con diversos especímenes del sapo con cuernos. Que en realidad no era un sapo, sino una diminuta especie de lagarto. Cuando en primavera, en algún fin de semana con buen tiempo, íbamos en auto hasta el llano, mi amigo (mi casi hermano) Phil y yo nos bajábamos del auto, mirábamos a lo lejos, y el horizonte era entonces el enigma que nuestros ojos les planteaban a nuestros pies.

Varias veces vimos al sapo con cuernos, es decir, a la lagartija.

De niño, yo inventé mi propia leyenda.

Igual que el juego de por qué el pollo cruzó la carretera, la leyenda empezaba con una pregunta.

La pregunta era: "¿Por qué en Texas nada tiene el nombre que le corresponde?"

Resulta que cuando Dios mandó el Primer Gran Tornado, recién acababa de ponerles nombre a todos los animales y las plantas, quienes, para no olvidarlos, los llevaban escritos en unos letreros que les había dado Dios.

Bueno, se volaron todos los carteles. Así fue.

Cuando pasó el tornado, los carteles estaban dispersos por todo el Estado de Texas, y más allá de sus fronteras también. Aquellos seres que todavía no habían aprendido sus propios nombres, es decir, la mayoría de las criaturas, agarraron el primer cartel que les vino en gana. Hubo muchas peleas por los carteles, unas peleas terribles, agravadas por el hecho de que los nombres venían de dos idiomas diferentes, inglés y castellano, cada nombre en un letrero distinto. Según el plan de Dios, cada ser tenía un nombre en inglés y otro en español. Pero entre el viento y las peleas, a algunos, por ejemplo al pobre armadillo, les quedaron sus nombres en castellano solamente. El cartel donde estaba el nombre del armadillo en inglés, es muy posible que haya volado hasta Arkansas. El pobre armadillo, que camina tan despacito, todavía no lo encontró.

Anira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Los robles, en cambio, con sus brazos de maderas tan fuertes, sostuvieron firmemente sus nombres. Conservaron así su nombre en español; el cartel con el nombre en inglés voló nada menos que hasta Illinois, pero como era muy corto (*oak*), el roble más inteligente pudo memorizarlo, y se los dijo a los otros.

Cuentan que una especie particular de roble llegó incluso a perseguir su nombre corriendo sobre sus raíces, desafiando al tornado, hasta que capturó el cartel con su nombre y volvió con él a la montaña (que en realidad es una colina). Muchas cosas se llaman como se llaman en homenaje a la valentía de este roble, cuyo nombre es *blackjack*.

Por ejemplo, mi padre se llamaba Jack.

Aunque era blanco. Tuvo una muerte de negro (que prefiero no recordar; ni José ni Hoogan llegaron a verla), pero era blanco. Yo también me llamaba Jack en Texas, pero ahora soy Rainbow. Me llamo Rainbow desde que vi a la hembra de bisonte que es a la vez multicolor y blanca, pero esa es otra historia.

Soy como el correcaminos. En mi leyenda el correcaminos, que es tan rápido, se agarró varios carteles: chaparral, paisano, *road runner*, y correcaminos. Todos sus damnificados lo persiguen, pero mientras la Texas Railroad Commission siga construyendo caminos, no lo alcanzarán.



Notas:

(I): Jacob Rainbow Hoogan es crítico de arte de *The Village Voice* y autor de dos novelas: *Vinyl Groove* (1995) y *Molnar's Dancing* (1998), de la cual el presente relato constituye un capítulo.

(II): En realidad lo escribí yo (N de la T, es decir, de la A)

Locos del aire



Escuchá nuestro "Micro Viajero"
los martes y jueves alrededor de las 22.30
en el programa "El canto del Viento"
(de lunes a viernes de 22 a 00 hs.)

**FM
Río
96.9**

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Viajeros de la Underwood

» 15

Un tipo solidario

Rubén Cocca

En la madrugada porteña, Joseluís Pereslópez vuela sobre un desierto de cemento, manejando su cuatroporcuatro a gran velocidad.

Desde lejos puede ver la luz suspendida en el espacio, amarilleando verdearrojo. Pero Joseluís tiene apuro: necesita urgente su cama.

Así que no duda en mantener el pedal apretado. Y cuando la ve ya es tarde: un relámpago negro precede a un trueno opaco, y la sombra de la chica se convierte en reloj inservible.

Congelado a cien metros del golpe, Joseluís Pereslópez vacila. Mira a su alrededor y no ve a nadie. Retrocede -ahora muy despacio-, se detiene y desciende.

Observa a la muchacha desparramada sobre el pavimento, y recuerda que muchos años atrás en la ruta, su padre también atropelló a un animal. Y le parece recordar que a él le produjo una impresión horrible. Y asco; mucho asco.

Después, agachándose sobre el cuerpo le levanta la cabeza, y siente un gran peso entre las manos, como un balde de arena roja.

Recién entonces carga a la chica sobre el vehículo y la lleva al hospital de emergencias.

Inesperadamente la muchacha sobrevive; cuadripléjica.

Prisionera en su cuerpo ella sabe -únicamente ella sabe-, que en adelante sólo podrá parpadear, que con uno dirá que sí y con dos negará.

Ese resultado tranquiliza muchísimo a Joseluís Pereslópez. Ahora él también sabe algo: puede contar con la muchacha.

Entonces comienzan sus explicaciones. Cauteloso al principio y grandilocuente después.

Explica: cómo la encontró, cómo fue la emergencia, cómo es posible, cómo.



Explica. Explica.

Y José Luis Pereslópez explica tan bien, que le otorgan el Premio Anual a la Solidaridad.

Orgullosa y con su conciencia tranquila, usa el dinero para comprarse una velocísima cuatroporcuatro Superplus, que ya viene de fábrica con un moderno neutralizador de radar incorporado.

Mientras tanto, los cronistas policiales se ocupan de tomar primeros planos del rostro de la muchacha que no cesa de parpadear. Como aterradas mariposas nocturnas.



(de la serie de cuentos "Zapping", Premio Musto '98)



Viajá con nosotros

Envíanos todo tu material: relatos, poemas, dibujos, historietas, AVISOS, y yerbas varias.

Ya nos estamos preparando para el número que viene...

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Como el amor

Diego G. Martínez

Este instante en que nos atrapó el tiempo, disfrazados de grandes, de gente ocupada.

Sentados de frente, en este lugar público que nos impide tocarnos; como amantes furtivos. Imposible reprimir las sonrisas; pura alegría de vernos, después de tanto ...

- Te quiero... te extrañé.- me dijo ella.

- Te quiero... te extrañé.- le dije.

- Estúpido...

- Estúpida...

Y nos reímos.

Y seguimos avanzando con este amor entre planetas; Plutón, Neptuno, Mercurio. Girando sus cosas más las mías, más los kilos, mi dolor, más la música, sus problemas, y mis preocupaciones, sigue rotando y trasladándose este amor visceral, orgánico, de fluidos y de aromas, cobardías y orgullos.

Nos levantamos y nos vamos del bar, regocijándonos con el presentimiento que en pocas horas estaremos acurrucándonos entre los cuerpos, quitándonos puntos negros, respirando, tirados al sol, en una plaza elegida al azar. Como el amor entre gatos; como el amor entre ciertas plantas con insectos.



a Marcela



René Char

El claro entre las nubes

El légamo sobre la piel de los riñones, la grava sobre el nervio óptico, tolerancia y continencia. Absoluta aridez, has absorbido toda la memoria individual atravesándola. Te has establecido en las inmediaciones de las fuentes, alrededor del cuenco, ese avispero. Rumias. Te orientas. Soberana y madre de un gran mudo, el hombre te ve en su navaja de afeitar, la compensación de su desgracia, la de una dinastía esencial.

El invencible durmiente mostraba que ahí donde la mica era permeable a las lágrimas, la presencia del mar no se explicaba. En nuestros días, los mismos ociosos distinguen en los frescos cerebros inocentes las perturbaciones insuperables de la edad futura. Síntomas de la angustia en el exterior de las sepulturas de la ingenuidad en éxtasis; -oh profanación del espíritu termidor de familia, ¿tendremos el tiempo de imponeros nuestra grandeza?- La intacta crisálida ha recobrado sus propiedades provocadoras de vértigo. La perforación de las células del rayo, el cruce de la chimenea anatematizada, el reconocimiento de las creencias olvidadas, se suceden a través de los relámpagos, el abrasamiento y la revelación de la especie fulgurante de semilla solar. El destino de la imaginación que se adhiere sin reservas al desarrollo de un mundo totalmente renovado de su atractivo podrá determinarse durante las excavaciones en los archipiélagos del estómago, después del brutal ascenso hacia la inteligencia insumisa, del tesoro sísmico de las hambrunas.

(de "Abundancia vendrá", incluido en
"El martillo sin Dueño", 1934)

Traducción de Mercedes Gómez



Irene Ocampo

I

69, Año Erótico.

Exótico es vivir en la misma ciudad de mi padre.
¿dónde está mi papá?, preguntaré.

¿qué es un padre?, me faltó preguntar.

V

Las aguas se abren.

Las aguas de la madre se vierten en la tierra.

//(alivio en tus entrañas)

Pero la niña no querrá abrir sus ojos, no querrá ver este mundo. Misterio del nacimiento para la madre acostada boca arriba, manos con guantes de plástico, bocas tapadas con barbijos de algodón.

¿Dónde están los seres queridos, dónde la mujer sabia que ayudará a la primeriza?

Estacionaron garrafas
en el campo de batalla
de la blanca pared
de tu mirada.

Aterran
como el ojo del caballo
en la sutil densidad
del aire
dorado.

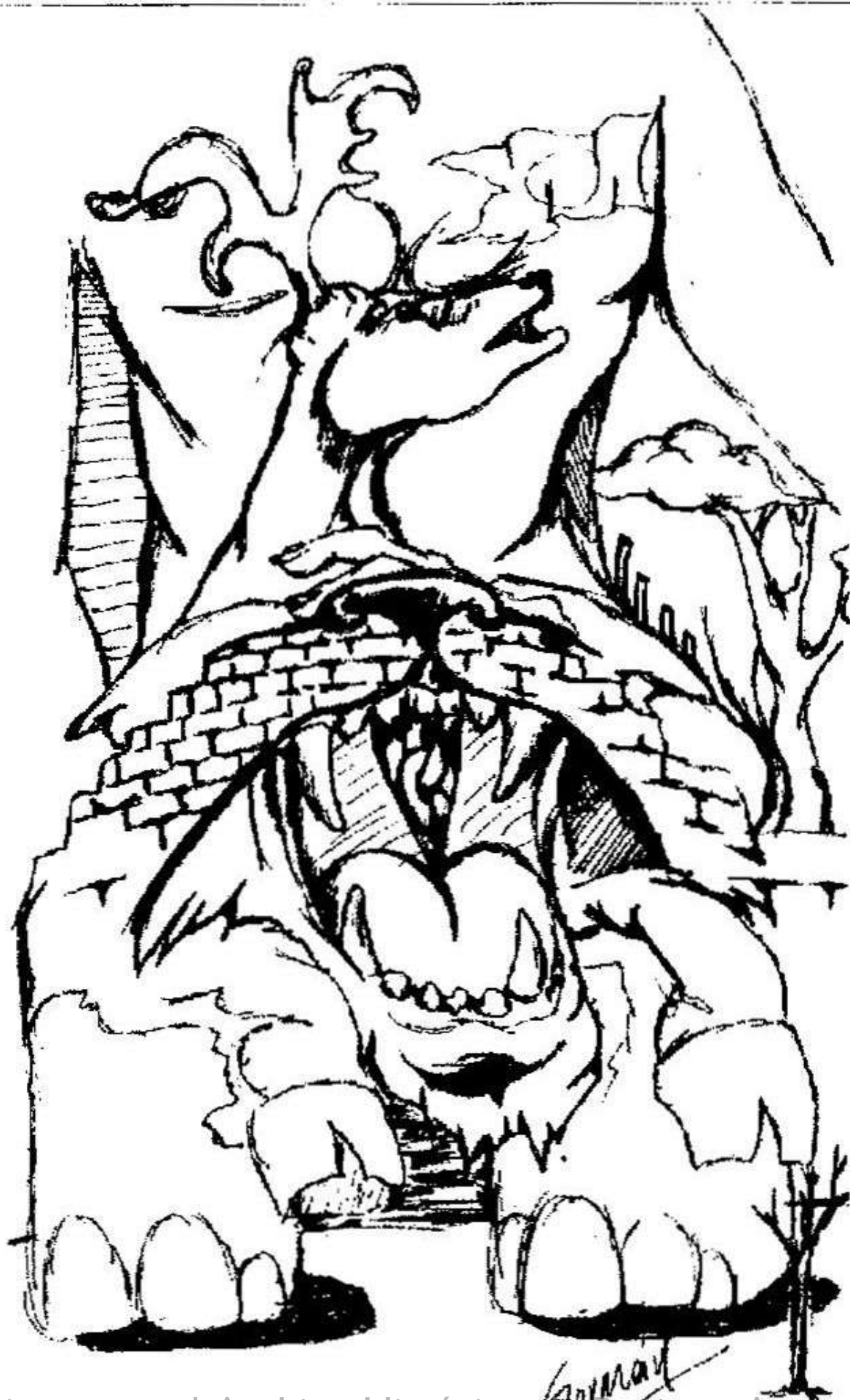
Hermano volador,
despliega tu sol prisionero.
Que tu Rosa Amarilla florezca
en un cielo de otro tiempo,
pero no menos real
que el de la Tierra.

El sueño de peregrinación que nos embriaga
jamás será vencido por los hielos.
Los cuatro dioses de la primavera van allá
para buscar un hogar, o inventarlo.

Hermano volador,
te espero siempre
con la mirada hacia el cielo
y una insignia: la rama dorada estelar
bajo mi almohada.

(Basado en "Encuentro con mi hermano"
relato de Vladímir Krapivin)

Ilustración: Germán Gago



Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Me encuentro
empujando puentes de piedra,
que son mi memoria,
hacia la orilla del deseo.
Todo es silencio
recorrido al azar
por un rostro oscuro.

Quisiera marcar surcos en la tierra
con la pesadez del elefante
la rapidez de la gacela
la furia del león.
Desprovista de humanidad,
animalizada.

Debo crear
un tiempo inconstante,
un espacio incontenible
para desaparecer
con el viento de la noche,
a mi partida.

La muerte despluma
este pájaro en mis manos,
y se convierte en adiós.

Rodeada de círculos vacíos
intento la última mirada.

Milésimas de segundo
para desenmascarar
al animal pequeño
de mis sueños.



mensajes



- El cuento "Fobia" (pág. 10) fue enviado desde Sta Fe, con saludos de Laura.
- Estuvimos en el 1º Encuentro de Comunicación Social (UNR). Allí intercambiamos revistas con los muchachos de la Asoc. de Historietistas Independientes (AHI). Podés conseguirlas en librería Vites. También recibimos "El gatillo de la luna" y "La poesía de la sábana blanca", revista y libro de Guillermo de Pósfay.
- Angel Mosquito zumbó por nuestra redacción ofreciendo material y dejándonos el N°3 de su revista "Morón Suburbio". Mosquito, tu zumbido no es molestia...
- Se presentaron "Rosagasario Blues" (Daniel Boglione) y "Formas de Morir" (Patricio Pron). "Rosagasario..." fue presentada por el excelentísimo Pablo Crash.
- **Viajeros** participó del Encuentro de Escritores "Fani 3" en Santa Fe, contando con la colaboración de Lisandro González. Allí nos entregaron "La noche, el día, vacío que el amor corona" (Antonio Moro); "Blues del amasijo" (M. del Carmen Colombo), y "Flores bajo la lluvia" (Roberto Malatesta).
- Esteban Tolj nos invitó a la 2a. Muestra anual de cortos de animación de El Sótano Cartoons. Una verdadera fiesta en la Mateo Booz.
- En el VI Festival Latinoamericano de Poesía -en donde colaboramos con la organización- recibimos las revistas "Che" (La Pampa) y "El Tyrano", "Las Aº Punto Prieto" y "El Perseguidor", de Capital, de manos de sus hacedores. ¿Qué tal?
- Llegaron los libros "En un puño oscuro" y "Como una palabra que pudiste decir" del amigo Alejandro Schmidt, desde Villa María. Además, un cajón con libros de Rodolfo Alvarez y Emeterio Cerro de Ed. de La Pampa Chata (Pcia. de Bs As), junto con catarata de plaquetas de Ed. Mínimos del Deseo. Este material está a la venta en nuestra redacción. Las plaquetas van de regalo.
- Carlos Antognazzi no murió!!! Nos escribió para invitarnos a la presentación de "Road Movie" que tuvo lugar el 19/11 en Santa Fe. Un abrazo, Carlos O.!
- Se presentó "Paralelo Protervia", novela de Ma. Luisa Siciliani y Marcelo Valenti.
- Ya salió "Los Lanzallamas" N°7, podés conseguirla en nuestra redacción o al tel. 513745.
- Recibimos desde Córdoba "Jeroglíficos en la arena", de Marcelo Fagiano; y desde Bs. As. la revista de literatura e historietas "El Gnomo", de Carlos Gagliardo.

TALLER DE DIBUJO E HISTORIETA

de Esteban Tolj

**APRENDE A
DIBUJAR O
PERFECCIONATE**

San Lorenzo 1453 "A"
TEL. 381897



adriana osella
estudio de diseño gráfico

J.C.Paz 1257 - Alberdi

Tel/Fax 556390

MultiCopias I M P R E N T A

*Impresiones Offset
Duplicaciones
Librería
Fotocopias
Servicio de FAX
Plastificados
Encuadernaciones
Espiralados
Anillados
Procesado de Master y Chapas
Tarjetería*

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas
Entre Ríos 565
Tel/Fax: 255888 - 2000 Rosario

LIBRERIA VITES



**Compra y Venta
de libros nuevos y usados**

**Sargento Cabral 74
(frente a la aduana)**

Tel: 246616



Viajeros de
la Underwood
hace parada en:

Librería Vites
Sgto. Cabral 74

Librería Logos
Entre Ríos 789

Cruciverba Libros
Rioja 2110

Puro Comic
Balcarce 1428

Peccata Minuta
Córdoba 954 PB L.10

Librería El Arcón
Rioja 1247

Y también viaja en
las manos de staff

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

UnderWood

Segunda época

Año 2/ N° 7

Diciembre

1998

Rosario



Ilustrador: Fernando Rossia

Viajeros de
la Underwood
hace parada en:

Librería Vites
Sgtó. Cabral 74

Puro Comic
Balcarce 1428

Librería Logos
Entre Ríos 789

Peccata Minuta
Córdoba 954 PB L.10

Cruciverba Libros
Ríoja 2110

Librería El Arcón
Ríoja 1247

Y también viaja en
las manos de staff

\$1